



número 29 (primer semestre 2014) - number 29 (first semester 2014)

Clases y lucha de clases: una posición en el campo de batalla teórico

Revista THEOMAI / THEOMAI Journal

Estudios críticos sobre Sociedad y Desarrollo / Critical Studies about Society and Development

Issn: 1515-6443

Cómo entender y estudiar la conciencia de clase en la sociedad capitalista contemporánea. Una propuesta

Pablo Perez¹

1. Introducción

Uno de los principales legados del análisis de Marx del capitalismo es el concepto de *conciencia de clase*. En su conocida obra *La Miseria de la Filosofía* (1978 [1847]), Marx analizó la condición de la clase obrera inglesa de 1840 señalando que:

En un comienzo, las condiciones económicas habían transformado la masa del país en trabajadores. La dominación del capital ha creado en esta masa una situación común, intereses comunes. Así, esta masa viene a ser ya una clase frente al capital, pero

¹ University of California – San Diego

todavía no una clase para sí misma. En la lucha, de la cual hemos señalado algunas fases, esta masa se reúne, constituyéndose en clase para sí misma. Los intereses que defienden llegan a ser intereses de clase. Pero la lucha de clases es una lucha política de clases (p. 218).

A partir de tal idea, el análisis marxista de las clases ubicó la idea de conciencia de clases en el eje de su reflexión. A través de tal concepto, tanto Marx como posteriores marxistas trataron de describir los mecanismos por medio de los cuales una clase, la clase trabajadora, toma conciencia de sus intereses y actúa en contra de los intereses de otra clase, la burguesía. En otras palabras, y siguiendo la terminología marxista clásica, la conciencia de clase representa el mecanismo a través del cual una clase pasa de ser una *clase en sí* a una *clase para sí*. Sobre esta base, el mismo Marx señaló cómo la presencia o ausencia de conciencia de clase determinaba las posibilidades que tenía una clase social de convertirse en una fuerza social. En *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, Marx (1978 [1852]) afirmó, por ejemplo, cómo los campesinos franceses de mediados del siglo XIX estaban imposibilitados de convertirse en una clase *para sí* en virtud de las dificultades que tenían los miembros de dicha clase (los campesinos individuales) para generar una conciencia de clase común.

En sociología diversos analistas han enfatizado la importancia que tiene la conciencia de clase, estudiando así el modo en que se ella se estructura en las sociedades capitalistas avanzadas (Ayalon et al. 1987; Buttel and Flinn, 1979; Giddens, 1973; Mann, 1973; Marshall et al., 1988; Vallas, 1987; Vanneman and Weber Cannon, 1987; Wallace and Junisbai, 2004; Wright, 1985, 1997; Zingraff and Schulman, 1984). A pesar de su relevancia analítica, el estudio de la conciencia de clase se ha sido más bien escaso en las últimas décadas. En América Latina, por ejemplo, el estudio de la conciencia de clase ha estado reducido a unas pocas investigaciones desarrolladas décadas atrás (Di Tella et al., 1967) y, más recientemente, a una serie de investigaciones enfocadas en el desarrollo de culturas obreras (cf. Bizberg 1982; Maceira, 2009; Martínez de la O, et. Al, 1997) o en el análisis de patrones más generales de la conciencia de clase (Pérez, 2013). Para muchos, esta escasez de investigación empírica reciente se explica por la manera en que durante las últimas décadas la idea de “clase social” dejó de ser relevante para el análisis sociológico. Esta supuesta falta de relevancia de la clase social ha contrastado enormemente, sin embargo, con los altos y persistentes niveles de desigualdad social observados en Latinoamérica. Tales niveles hicieron de la región una de las más desiguales del mundo (CEPAL, 2013).

Estas condiciones han hecho que el análisis de clase y del conflicto de clase tenga un renovado impulso en la región –para un análisis del caso de Chile ver, por ejemplo, Pérez (2013). Sin embargo, para que dicho impulso sea fructífero es necesario superar algunas falencias metodológicas y conceptuales, las cuales han socavado la investigación empírica sobre tales fenómenos en América Latina. Uno de los principales problemas tiene relación con el concepto de conciencia de clase. A pesar de su importancia analítica no existe acuerdo sobre cómo definir la conciencia de clase ni, menos aún, sobre como estudiarla empíricamente.

En este artículo se pretende dar un primer paso para la superación de dicho problema. A partir de una revisión de dos de las perspectivas más influyentes en el estudio de la conciencia de clase (la perspectiva “estructural” representada por los trabajos de Erik O. Wright y el enfoque “procesual” heredado de la obra de Edward P. Thompson), en este artículo se busca proponer una definición de la conciencia de clase que permita ubicar tal concepto en el centro del análisis de la desigualdad social y de los conflictos políticos que

emergen de ella. Tal como se detalla a lo largo de este artículo, el estudio de la conciencia de clase puede ser fructífero si se integran algunos de los elementos centrales de ambos enfoques. Tal integración nos permite entender la conciencia de clase como aquellas características de la subjetividad de las personas que son el resultado del proceso a través del cual ellas, en tanto miembros de una clase social, construyen su *identidad de clase* y toman conciencia de sus *intereses de clases*. Una definición como ésta hace necesaria no sólo la integración de diversas perspectivas de análisis –por ejemplo, la perspectiva histórica enfocada en el análisis de la *formación de clases* y la perspectiva estructural enfocada en la manera en que la *estructura de clases* delimita los intereses de clase–. Junto con esto, la definición propuesta en este artículo hace necesaria la integración de metodologías cuantitativas y cualitativas a fin de generar agendas de investigación capaces de abarcar todas las dimensiones involucradas en el concepto de conciencia de clase.

Antes de presentar en detalle la propuesta de definición del concepto de conciencia de clase (sección 3), así como sus posibles aplicaciones empíricas (sección 4), la siguiente sección presenta las características principales de los dos enfoques más influyentes en el estudio contemporáneo de la conciencia de clase: el enfoque estructural y el enfoque procesual.

2. Dos enfoques para estudiar la conciencia de clase

2.1. El enfoque estructural de la conciencia de clase

La perspectiva “estructural” del análisis de clase –comúnmente asociada a los trabajos de Erik Olin Wright (1985, 1997)– ha sido una de las más influyentes en los debates sociológicos de las últimas décadas (Crompton, 1993: 58). Desde esta, la conciencia de clase es entendida como el resultado de una estructura de clases *objetiva* basada en relaciones de explotación. El principio básico es que la conciencia de clase se refiere al reconocimiento que hacen los individuos de sus intereses de clase definidos objetivamente por su posición de clase. Según Wright (1985), la estructura de clases de las sociedades capitalistas contemporáneas está definida por la existencia de diversas posiciones de clase que no pueden ser clasificadas simplemente como parte de la burguesía o del proletariado (ellas son las posiciones típicamente definidas como de “clase media”). En el análisis de Wright, tanto las posiciones polarizadas (burguesía y proletariado) como aquéllas de clase media se diferencian entre sí a partir de los diversos mecanismos de explotación existentes en las actuales formaciones sociales capitalistas, es decir, en las sociedades concretas derivadas de la interconexión de diferentes modos de producción (1985: 8-12).

A fin de explicar los diferentes mecanismos de explotación existentes en las sociedades contemporáneas, Wright hace uso del modelo básico desarrollado por John Roemer (1986). En un intento por superar la teoría marxista clásica del valor-trabajo, Roemer afirma que la explotación denota el resultado de un tipo específico de relación económica, a saber, aquéllas en las que las diferencias de riqueza se derivan de la distribución desigual de derechos de propiedad sobre recursos productivos (1986: 84-87). Sobre la base de esta idea, Roemer señala que las clases sociales emergen ahí donde existe un mercado del trabajo que permite que los agentes se relacionen entre sí en virtud de su dotación desigual de recursos productivos. Tal dotación desigual de recursos permite que los agentes puedan maximizar su bienestar estableciendo diferentes relaciones con los medios de producción: “ellos pueden

trabajar su propio taller, contratar fuerza de trabajo, vender fuerza de trabajo, o hacer alguna combinación de todos ellos" (1986: 88). Al hacer eso, aquéllos que desarrollan la misma estrategia de mercado deben ser ubicados, según Roemer, en la misma clase –es decir como capitalistas, pequeños capitalistas, pequeños burgueses, proletarios mixtos, o proletarios–.

A partir de estas ideas, y luego de una reformulación de la tipología de explotaciones expuesta por Roemer, Wright (1985) afirma que el análisis de Marx de la explotación representa el ejemplo prototípico de un tipo de explotación: la *explotación capitalista* (1985: cap. 3). Este tipo de explotación está basada en la desigual posesión del recurso productivo "medios de producción" y crea mecanismos de explotación definidos por la extracción de plusvalía a través del intercambio de mercado de fuerza de trabajo. Para Wright, éste es el mecanismo de explotación central de las sociedades capitalistas contemporáneas. Pero no es el único. Junto con él existen otras formas de explotación que funcionan como fuentes complementarias de extracción de plusvalía, cuyo desarrollo puede ser observado no al nivel de abstracción del "modo de producción", sino más bien al nivel de las "formaciones sociales". El primero de estos tipos de explotación es lo que Wright define como *explotación estatista-burocrática*. Ésta se refiere a la extracción de plusvalía derivada del control desigual de los "bienes de organización". Por su parte, el segundo mecanismo complementario de explotación es la *explotación por bienes de cualificaciones*, la cual se basa en el control desigual del recurso productivo "cualificaciones" (las cuales toman forma de "credenciales" en el mercado del trabajo).

La inclusión de criterios complementarios de explotación significa un reconocimiento explícito por parte de Wright de otras formas de desigualdad que trascienden la clásica distinción marxista derivada de la desigual posesión de medios de producción. Diversos autores no marxistas han planteado, por ejemplo, la importancia de lo que Wright llama "bienes de organización" para definir posiciones de clase diferentes a la burguesía y el proletariado. Según este tipo de análisis, tales bienes de organización determinan el rol central ocupado por los "managers" y gerentes en el capitalismo avanzado, como resultado de la separación entre "propiedad" y "control" (ver, por ejemplo, Berle and Means, [1932] 1968; Dahrendorf, 1959). De modo similar, varios analistas han enfatizado el rol primordial jugado por las "cualificaciones" y las "credenciales" en la estructura de clases de las sociedades contemporáneas. Así, por ejemplo, mientras los teóricos de la "Nueva clase" (*New Class*) (Gouldner, 1979; Szelenyi and Martin, 1988) afirmaron que las cualificaciones llegaron a ser la fuente principal de las divisiones de clase en las sociedades post-capitalistas (es decir, en los socialismos reales), otros han afirmado que las cualificaciones se han convertido en una fuente de distinción de clase central en el capitalismo avanzado una vez que ellas tomaron la forma de "credenciales" que restringen el acceso a posiciones valoradas en el mercado del trabajo (Parkin, 1979).

Considerando este tipo de discusiones, Wright propone los elementos centrales para analizar la estructura de clases contemporánea y, más importante aún, para estudiar la manera en que tal estructura determina variaciones en la conciencia de clase que permitan explicar el conflicto social en las sociedades capitalistas contemporáneas. A partir de los tres mecanismos de explotación ya señalados –explotación basada en la propiedad de medios de producción, bienes de organización y cualificaciones/credenciales– Wright señala que la estructura de clases contemporánea consta de posiciones de clase polarizadas y no polarizadas. Entre las primeras, él identifica a la burguesía y proletariado. Ellas son las clases "centrales" del capitalismo porque encarnan los mecanismos básicos de explotación

capitalista y, consecuentemente, los dos principales polos de la lucha política de clases. Por otro lado, las clases no polarizadas representan un conjunto de posiciones de “clase media” que son definidas por Wright como “posiciones contradictorias de clase” en la medida en que su posición en las relaciones de explotación –y como consecuencia de ello, su posición en la lucha política de clases– no es claramente identificable como en el caso de las clases polares. En efecto, estas posiciones contradictorias representan clases que no son ni explotadas ni explotadoras (por ejemplo, la pequeña burguesía) y clases que son explotadas y explotadoras a la vez. Los asalariados altamente calificados (los profesionales, por ejemplo) son, según Wright, un buen ejemplo de esto: ellos “están capitalistamente explotados, pues carecen de bienes de capital, pero son de igual modo explotadores de cualificaciones” (1985: 87).

A través de esta caracterización de los mecanismos de explotación observados en las formaciones sociales capitalistas contemporáneas, Wright define la base objetiva de los *intereses de clase* que dan forma a la conciencia de clase (la cual refiere, en términos generales, al reconocimiento que hacen los individuos de tales intereses). ¿Qué son los intereses de clase según Wright? Para él (Wright, 1989), los intereses de clase denotan un tipo específico de *intereses materiales* derivados de las relaciones de producción. Los intereses de clase refieren, en efecto, a los *intereses instrumentales* a través de los cuales los individuos buscan mejorar su posición económica. La idea básica detrás de este argumento es que todas las personas, más allá de su clase social, tienen un interés en mejorar su bienestar económico –por eso sus intereses intrínsecos son esenciales iguales –. Lo que no es igual, sin embargo, es la manera en la cual los miembros de distintas clases pueden mejorar su bienestar material. Dado que las personas tienen diferentes medios para realizar tales intereses intrínsecos –por ejemplo, ellos tienen diferente dotación de recursos productivos tales como medios de producción, cualificaciones y bienes de organización– ellas desarrollan diferentes estrategias –por ejemplo, vender su fuerza de trabajo o contratar fuerza de trabajo ajena– las cuales dan origen no sólo a niveles desiguales de bienestar material, sino también a intereses instrumentales diferentes y antagónicos.

En virtud de eso, Wright señala que si los trabajadores (tanto como individuos y como miembros de una clase) deben establecer estrategias diferentes a la de los capitalistas para asegurar su bienestar material, la afirmación de que los trabajadores tienen un interés en el socialismo (y los capitalistas uno opuesto a él) significa que el socialismo “constituye una reorganización de la sociedad en la cual el bienestar de los trabajadores se vería mejorado mientras que el de los capitalistas se vería empeorado” (1989: 281). La idea de bienestar económico no se debe asimilar directamente, según Wright, con los conceptos de ingreso o consumo. Más bien, el bienestar económico o material denota el paquete total de trabajo-ingreso-ocio disponible para una persona. Por eso, decir que las personas de una clase tienen un interés “objetivo” en aumentar su bienestar material significa que, manteniendo todo lo demás igual, ellas tienen un interés objetivo en tener mejores compensaciones (*trade-offs*) en términos de la relación trabajo-ingreso-ocio. Junto con esto, Wright señala que las relaciones de producción no sólo distribuyen desiguales niveles de bienestar material. “Ellas también distribuyen una forma de poder fundamental: el control sobre el plus-trabajo” (1989: 282), es decir, aquélla parte del producto total que sobra después de que todos los costes de producción han sido compensados. Por eso, tal como en el caso del bienestar material, los intereses de clase asociados al poder económico están basados no sólo en el resultado de las relaciones de producción (es decir, más o menos poder económico en manos de una clase), sino también en los mecanismos subyacentes que determinan el acceso al plus-trabajo que

permite la acumulación de capital y la concentración de poder en manos de una clase, en desmedro de otra.

En el análisis de Wright, estos dos tipos de intereses materiales –aquéllos relacionados al bienestar material y al poder económico– se encuentran unidos a través de concepto de *explotación*. La explotación define un conjunto de mecanismos (por ejemplo, extracción de plusvalía y apropiación del trabajo ajeno) que explican cómo el bienestar económico y el poder económico siguen pautas de clase. Por eso Wright señala que cuando decimos que lo que los miembros de una clase tienen en común son sus intereses materiales, en el fondo estamos diciendo “que ellos tienen intereses comunes con respecto al proceso de explotación” (1989: 284).

Esta descripción de los intereses de clase es central para entender cómo se define la conciencia de clase desde la perspectiva estructural de las clases desarrollada por Wright. Como se señaló anteriormente, el elemento clave de la conciencia de clase es, desde este enfoque, el reconocimiento que hacen los individuos de tales intereses de clase objetivos. Por eso, en vez de preocuparse por la emergencia de algún tipo de identidad compartida por los miembros de una clase (tal como lo hace el enfoque procesual analizado más adelante), el enfoque estructural está más preocupado del problema de los intereses materiales y su reconocimiento por parte de los miembros de una clase (Wright, 1997: 495). En base a eso, el concepto de conciencia de clase denota “aquellos aspectos de la subjetividad de una persona que son discursivamente accesibles a la propia percepción del individuo” (1997: 383). Según Wright, esta conciencia tiene un carácter “de clase” cuando se cumplen dos condiciones. Primero, las creencias en cuestión necesitan tener un *contenido sustancial de clase* tal como ocurre, por ejemplo, con la creencia en el carácter “necesario” de la propiedad privada por parte de la clase capitalista (la propiedad de los medios de producción es, en efecto, una característica distintiva del capitalismo). Segundo, aquellos aspectos de la conciencia con carácter de clase deben tener efectos tanto en la manera en que los sujetos operan en las relaciones de clase como en las relaciones de clase mismas (en el caso del ejemplo recién dado, la afirmación del carácter necesario de la propiedad privada permite a la clase capitalista no sólo existir como clase, sino que también establecer límites y sanciones a quienes intentan pasar a llevar tal relación fundante del capitalismo).

A partir de esta definición, Wright destaca dos características esenciales de la conciencia de clase. En primer lugar, la conciencia de clase es vista como un concepto de nivel *micro* o, lo que es lo mismo, como un atributo que es poseído por individuos (es decir, por los miembros de una clase) antes que por colectividades (las clases). En segundo lugar, esta definición de la conciencia de clase es usada por Wright para designar todos los elementos subjetivos pertinentes a la clase, más allá de su “fidelidad” con determinado tipo de intereses *reales* de clase. Ambas características enfatizadas por Wright hacen de su concepto de conciencia de clase algo totalmente distinto al planteado por marxistas como Lukács (1971[1922]). A diferencia de Lukács, la conciencia de clase es ahora definida como algo “ubicado” al nivel de los individuos. Más importante aún, dicha definición de conciencia de clase no denota ningún tipo de argumento contrafáctico desde el cual se asume, tal como lo hace Lukács, que la clase trabajadora puede tener conciencia de clase *sólo si* los trabajadores individuales fueran racionales y plenamente conscientes de sus intereses históricos. Al rechazar tal tipo de explicaciones contrafácticas, Wright no sólo supera algunos problemas conceptuales realizados por él mismo sobre este punto (cf. Wright, 1978), sino que también uno de los

principales problemas del análisis marxista de los intereses de clase, a saber, la existencia de explicaciones contrafácticas (Bertilsson y Eyerman, 1979).

Esta reformulación del concepto de conciencia de clase también ha sido fructífera en términos de la investigación empírica cuantitativa. En efecto, a partir de los análisis de Wright han surgido diversas investigaciones en las que se ha tratado de analizar la manera en que la posición de clase determina variaciones significativas en la conciencia de clase de los sujetos (cf. Jones, 2001; Pérez, 2013; Wallace y Junisbai, 2004; Western, 1999; Wright, 1997). Todas estas investigaciones han hecho uso de metodología cuantitativa estándar para medir a gran escala, tanto en un solo país como en términos comparados, los niveles de polarización de clase asociados a variaciones en actitudes típicamente medidas en escalas de Likert o a partir de otro tipo de índices e indicadores. En general, todas estas investigaciones han mostrado que incluso en contextos marcados por la ausencia de partidos políticos de izquierda con discursos de clase fuertes (por ejemplo, Estado Unidos) los sujetos de clase trabajadora tienen actitudes más “pro-obreras” –es decir, apoyan más fuertemente el rol de los sindicatos o la limitación del poder de las empresas – que los miembros de la clase capitalista. En este sentido, el enfoque estructural de la conciencia de clase desarrollado por Wright ha demostrado ser exitoso como fuente de investigaciones empíricas.

Sin embargo, dicho enfoque ha sido criticado por su insistencia en medir cuantitativamente un concepto tan complejo y esencialmente difícil de cuantificar como la conciencia de clase (Fantasia, 1986; Marshall, 1983). Según este tipo de críticas, el desarrollo de la conciencia de clase supone un proceso de creación colectiva que no puede ser aprehendido por cuestionarios o encuestas, sino que sólo por metodologías de tipo cualitativo que supongan el contacto directo con los agentes creadores de tales procesos. De modo similar, algunos han criticado la definición “individualista” de la conciencia de clase planteada por Wright en virtud de que ella no establece claramente cómo y bajo qué condiciones un sujeto con “altos niveles” de conciencia de clase actuará, como parte de un clase colectivamente organizada, en defensa de sus intereses de clase (Marshall et al., 1988: 191-194). Finalmente, algunos han señalado que aún cuando la base del enfoque estructuralista de clases, a saber, la posición de clase, sea definida en términos de relaciones de explotación y de los intereses materiales derivados de ellas, dicho enfoque estructural no establece claramente la conexión que existe entre tales intereses de clase objetivos y la conciencia de clase. En otras palabras, en el análisis de Wright no hay reflexión sobre el proceso a través del cual los trabajadores, en tanto miembros de la clase trabajadora, desarrollan sus visiones de mundo y sus “experiencias vividas” que determinarán finalmente el modo en que ellos den forma a sus intereses de clase (Brenner, 1989: 190). La necesidad de considerar dichas experiencias de clase en el estudio de la conciencia de clase es, en efecto, el punto de partida del enfoque procesual presentado a continuación.

2.2. El análisis procesual de la conciencia de clase

Los elementos centrales del enfoque procesual de la conciencia de clase están representados fundamentalmente por el trabajo fundacional del historiador inglés Edward P. Thompson (1966). En *La formación de la clase obrera en Inglaterra* Thompson comienza su análisis del desarrollo histórico de la clase obrera inglesa afirmando una particular definición del concepto de clase social. En el Prefacio a dicha obra, Thompson establece que la clase es un “fenómeno histórico que unifica una serie de sucesos dispares y aparentemente

desconectados referidos tanto a la materia prima de la experiencia como a la conciencia" (1966: 9). A partir de eso, Thompson afirma que la clase es un fenómeno histórico: "Yo no veo la clase como una 'estructura', ni siquiera como una 'categoría', sino como algo que tiene lugar de hecho (y que se puede demostrar que ha ocurrido) en las relaciones humanas" (Ibíd.) Esto implica, según Thompson, que la noción de clase supone al mismo tiempo una *relación histórica* que está encarnada en personas reales y contextos reales. En consecuencia, la clase cobra existencia histórica sólo cuando las personas, como resultado de sus experiencias comunes y compartidas, articulan la identidad de sus intereses tanto entre sí como en contraposición a otras personas cuyos intereses son diferentes y opuestos al de ellos.

Lo que es importante en la definición de Thompson es que estas *experiencias de clase* no son el resultado de cualquier tipo de relación social. Más bien, ellas surgen en gran medida a partir de un tipo específico de relaciones, a saber: las relaciones de producción en las cuales las personas entran involuntariamente. A partir de eso, Thompson señala que la conciencia de clase se refiere a la definición cultural que los sujetos hacen de dichas experiencias económico-productivas: "La conciencia de clase es la forma en que se expresan estas experiencias en términos culturales: encarnadas en tradiciones, sistemas de valores, ideas y formas institucionales" (1966: 10). Así, mientras la idea de *experiencia* siempre aparece – debido al "origen económico" – como delimitada por mecanismos estructurales, la *conciencia de clase* presenta características más inciertas. En otras palabras, aunque existe una evidente lógica en las respuestas (por ejemplo, en el tipo de conciencia) de ciertos grupos ocupacionales, Thompson niega que exista alguna ley de determinación estructural que permita anticipar las pautas de desarrollo de la conciencia de clase.

Sobre la base de este marco analítico, Thompson rechaza enfáticamente aquellas teorías que definen a las clases sociales como una "cosa" objetiva desde la cual se puede deducir algún tipo "correcto" de conciencia de clase, luego de que tal "cosa" llegase a ser consciente de su posición y sus intereses reales. Desde la perspectiva procesual de Thompson esta definición estructuralista niega el hecho de que la clase es una relación y, como consecuencia de ello, se olvida del hecho de que la existencia de las clases es siempre un fenómeno histórico; es decir, del hecho de que una clase se vuelve realidad a través de un *proceso* en el cual las personas que la componen definen histórica y culturalmente sus experiencias de clase. De ahí que las clases no existan por fuera de la historia, ni en un momento específico de ella, sino que *en* la historia misma. Como señala Thompson: si nosotros quisiéramos analizar las clases como un fenómeno estático –es decir, en un punto determinado de la historia–, no observaríamos clases sino una multitud de individuos con una multitud de experiencias. "Pero si observamos a esos hombres a lo largo de un periodo suficiente de cambio social, observaremos pautas en sus relaciones, sus ideas y sus instituciones. La clase la definen los hombres mientras viven su propia historia, y al fin y al cabo ésta es su única definición" (1966: 11).

Tanto este historicismo como el énfasis en la noción de *experiencia* de clase tienen importantes consecuencias en la investigación empírica de la conciencia de clase. Ellos son, en efecto, la razón por la cual el mismo Thompson presenta su análisis de la formación de clase obrera en Inglaterra como una colección narrativa de eventos históricos tan diversos como las tradiciones populares que influenciaron las agitaciones Jacobinas de la década de 1790; las experiencias de los trabajadores y artesanos durante la llegada de la Revolución Industrial; las influencias de la Iglesia Metodista en la manera en que ellos recibieron los cambios derivados de tal revolución; así como el impacto del Radicalismo en los desarrollos

posteriores de las organizaciones obreras en la década de 1820. Todos estos hechos narrados en *La formación de la clase obrera en Inglaterra* configuraron, según Thompson, un escenario en el cual la clase obrera inglesa experimentó altos niveles de represión política (como consecuencia del proceso contra-revolucionario iniciado a comienzos del siglo XIX) y explotación económica (como consecuencia de la revolución industrial). Esta confluencia de represión política y explotación económica es central para entender la emergencia de la conciencia de clase trabajadora que dio vida a dicha clase. En efecto, la existencia política de la clase trabajadora fue posible solamente después de que los trabajadores, en el curso de sus luchas en contra de la naciente burguesía industrial, se vieran a sí mismos como una clase unida, con intereses y cultura comunes opuestos a los de la clase dominante.

En este sentido es que Thompson argumenta que la existencia política de la clase trabajadora tiene que ser vista como la continuación de un proceso de larga data –particularmente, como un proceso que comenzó con los primeros intentos revolucionarios inspirados en los radicales franceses y que fue seguido de una manera reformulada por agentes tan diversos como los Metodistas y los Radicales de clase media (artesanos) durante las primeras décadas del siglo XIX–. En efecto, la influencia de los Radicales fue, según Thompson, decisiva para la conformación histórica de la clase trabajadora. Por medio de los discursos radicales de intelectuales y artesanos las “personas comunes” pudieron definir discursivamente *como clase* las experiencias vividas y sentidas en los primeros años del siglo XIX. Así, ya a finales la década de 1820, y luego de un lento proceso *cultural* de creación de un sentido de *identidad*, es posible hablar de una conciencia de clase trabajadora a través de la cual los trabajadores tuvieron conciencia de sus intereses colectivos de clase (1966: 711). A partir de entonces, los trabajadores ingleses dejaron de ser individuos aislados para convertirse en una *clase social*.

Como se ve, el análisis procesual de Thompson enfatiza una particular definición de la conciencia de clase que permite estudiarla a partir de la idea de *formación de clase* –es decir, a partir del proceso a través del cual una clase se convierte en un actor con una identidad definida que es consciente de sus intereses colectivos de clase–. A partir de esta idea general, diversos investigadores han seguido la obra de Thompson a fin de estudiar cómo ha operado el proceso de formación de clase en distintos contextos socioculturales y cómo dicho proceso determina ciertos resultados en desmedro de otros –por ejemplo, la aparición de una clase trabajadora “revolucionaria” en contraposición a una “reformista” (cf. Biernacki, 1995; Calhoun, 1982; Fantasia, 1988; Sewell, 1980; Steinberg, 1999)–. Naturalmente, todas estas investigaciones son de corte histórico y/o cualitativo en la medida en que su foco central está puesto en el análisis de procesos y relaciones sociales, antes que en la identificación de “pautas” de conciencia de clase derivadas una estructura de clases preconcebida.

Por ejemplo, en su comparación de los movimientos obreros alemanes e ingleses del siglo XIX, el sociólogo Richard Biernacki (1995) enfatiza una lectura “culturalista” de la formación de clases, mostrando que una de las categorías discursivas más utilizadas por ambos movimientos obreros, la idea de “trabajo”, estuvo fuertemente determinada por prácticas culturales que definieron no sólo lo que el movimiento obrero de cada país consideró como “explotación” (en tanto expropiación de ese “trabajo”), sino también la manera en que ellos se organizaron en sindicatos para contrarrestar tales niveles de explotación. De manera similar, al analizar la formación de la clase trabajadora francesa, William H. Sewell (1980) señala que detrás de la consolidación de los ideales socialistas en el movimiento obrero francés del siglo XIX se encuentran una serie de prácticas, experiencias y discursos heredados de las comunidades corporativas de artesanos existentes en el “antiguo régimen”.

Según Sewell, la reapropiación revolucionaria de tales prácticas y discursos antiguos le permitió a los trabajadores resistir y contrarrestar, en pleno siglo XIX, las ambigüedades del discurso dominante derivado de la Ilustración (particularmente, el carácter “irrealizable” de los ideales de libertad, igualdad y fraternidad). Tal como Sewell y Thompson, Rick Fantasia (1986) mostró, en su análisis del movimiento sindical norteamericano de la década de 1980, que la conciencia de clase de los trabajadores sólo se materializa cuando ellos construyen una “cultura de solidaridad” que emerge en diversas prácticas de lucha tan diversas como huelgas y movilizaciones de nivel “micro” (por ejemplo, en movilizaciones a nivel de fábrica destinadas a superar problemas específicos de los trabajadores).

A pesar del carácter fructífero de este tipo de investigaciones, el marco de análisis derivado de la obra de Thompson ha sido criticado desde diversos ángulos. Por ejemplo, Ira Katznelson (1986) señala que el análisis de Thompson depende mucho de una visión teleológica de la formación de clases. El problema de esta visión teleológica es que la formación de la clase trabajadora inglesa es vista como si de antemano tuviese un final predeterminado. Así, una vez que existen ciertas condiciones externas que posibilitan la emergencia de la clase trabajadora, desde el marco analítico de Thompson se asume que ella comienza a “hacerse a sí” para terminar siendo *inevitablemente* una fuerza revolucionaria. Consecuentemente, otros posibles resultados de dicho proceso –por ejemplo, la emergencia de una clase no revolucionaria– no son considerados como una alternativa real de desarrollo (1986: 21).

Al igual que Katznelson, Sewell (1990) ha criticado una de las ideas básicas de Thompson, a saber: su concepto de *experiencia*. Para Thompson, la importancia de la experiencia radica en que ella es el mecanismo de medicación entre las relaciones de producción y la conciencia de clase o, puesto de otro modo, entre los conceptos marxistas de clase en sí y clase para sí. El problema, según Sewell, es que el concepto de experiencia desarrollado por Thompson abarca los términos que él misma supone mediar. En efecto, ¿pueden las relaciones de producción o la conciencia existir fuera de la experiencia? Para Sewell la respuesta es “no” (1990: 59). Por eso la experiencia no puede ocupar un rol mediador en la formación de clase – la formación de clases es experiencia en sí misma–. Como resultado de ello, Sewell señala que Thompson ocupa la idea de experiencia no como mediación entre la conciencia y las relaciones de producción, sino que más bien como el medio a través del cual las estructuras – esas que el mismo Thompson rechaza– son realizadas. En otras palabras, “Thompson implícitamente afirma lo que él niega: que la clase está, de hecho, presente en la estructura económica independientemente de la conciencia o falta de conciencia de los trabajadores. Si la experiencia de los trabajadores produce conciencia de clase antes que otro tipo de conciencia es porque sus experiencias son experiencias *de clase*” (p. 56). Esta crítica está directamente relacionada con otros cuestionamientos que rechazan la falta de análisis, por parte de Thompson, de los determinantes “estructurales” de las clases. Según estas críticas, dicha falta de análisis llevó a Thompson a usar definiciones extremadamente ambiguas de “clase trabajadora”, incluyendo dentro de la noción “trabajador” no sólo a obreros, sino que también a artesanos y auto-empleados (Curry y Harwell, 1965: 694). Más importante aún, el rechazo a un análisis estructural de las clases hizo que Thompson incluyera la idea de “conciencia de clase” dentro de la definición misma de “posición de clase” (Cohen, 1978: 73), afirmando implícitamente así que no hay clase cuando no hay conciencia de clase.

Finalmente, algunos autores han señalado que las pretensiones “universalistas” del análisis de Thompson –por ejemplo su afán por otorgar a la clase obrera inglesa el canon de

“modelo” para el análisis de otras formaciones de clase– esconden, en realidad, una lectura del desarrollo social fuertemente anclada en el marxismo clásico. Según estos críticos, tal anclaje impide reconocer algunas de las falencias centrales de la teoría marxista clásica, tales como su interpretación naturalista de la historia basada en la supuesta relación lineal entre industrialización, proletarización y el nacimiento de una clase revolucionaria (Somers, 1997), así como su (falso) universalismo basado en el uso de categorías como “clase trabajadora” que exaltan lo masculino y “público” en desmedro de lo femenino y “privado” (Rose, 1997; Scott, 1995; Stedman Jones, 1995). Aunque interesantes, este último tipo de críticas han sin embargo oscurecido las posibilidades reales para la investigación empírica de la conciencia de clase. Dichas críticas no sólo rechazan un marco de análisis marxista sin proponer uno alternativo que dé cuenta de la lucha de clases y del cambio histórico derivado de ella. Al mismo tiempo, y tal como ha sido señalado por John Hall (1997: 15), dicho rechazo de los elementos “totalizantes” y “esencialistas” del marxismo clásico ha devenido en un *discursivismo* y un *historicismo ateoórico*, los cuales no han significado una mejora en nuestra comprensión de los procesos de formación de clases.

Es por esto que los desarrollos analíticos más atractivos para el análisis de la formación y la conciencia de clases deberían ser encontrados en otro lado. Ellos podrían ser encontrados, por ejemplo, en análisis como el de Marc W. Steinberg (1999). A partir su estudio de diversos sectores de la clase obrera inglesa del siglo XIX, Steinberg señala que los discursos políticos utilizados por los obreros en sus luchas contra la clase dominante no deben ser entendidos como la “fuente” de la realidad experimentada por ellos (tal como lo dirían las posturas *discursivistas*). El discurso, en este sentido, no “construyó” las realidades vividas y sentidas por la clase obrera inglesa. Más bien, señala Steinberg, los discursos producidos por la clase obrera sirvieron como un instrumento mediador a través de la cual los trabajadores y trabajadoras estructuraron sus vivencias en el mundo y, de ese modo, su *conciencia de clase*. En efecto, Steinberg afirma que los obreros ingleses del siglo XIX desarrollaron sus visiones de mundo a través de discursos que les fueron útiles para generar un poder colectivo de clase. Ello no implica que el discurso en sí mismo haya sido el generador tales realidades “objetivas” (el discurso siempre está anclado a una realidad material que lo trasciende y lo antecede). En base a esto Steinberg asevera: “Gracias a que el discurso está anclado a realidades materiales que existen *fuera* de su propio collage de significados es que algunas personas [los obreros en este caso] pueden tomar ventajas dentro de él” (p. 16).

3. Definiendo la conciencia de clase: una propuesta

A partir de las perspectivas de análisis revisadas en el punto anterior es posible establecer una definición de la conciencia de clase que sea adecuada tanto en términos conceptuales como en términos de la investigación empírica. Para ello, resulta fundamental tomar en cuenta algunos elementos centrales de los enfoques estructurales y procesuales. Ambos enfatizan diferentes dimensiones de la conciencia de clase que pueden ser útiles para el desarrollo de un estudio más elaborado de la desigualdad de clases y de la manera en que ella determina efectos sobre la conciencia de los sujetos. Por ejemplo, mientras el enfoque estructural enfatiza una definición de la conciencia de clase en tanto “conciencia de los *intereses de clase*”, el enfoque procesual enfatiza una definición de la conciencia de clase en tanto *identidad de clase*. Tal énfasis hace que cada enfoque destaque diferentes determinantes de la conciencia de clase (Wright, 1997: 492-496). Mientras el enfoque estructural afirma que

la conciencia de clase está, en tanto conciencia de los intereses de clase, determinada fundamentalmente por la posición de las personas en las relaciones de explotación (es decir, por su *posición de clase*), el enfoque procesual señala que la conciencia de clase, en tanto identidad de clase, está determinada por aspectos temporales de más largo alcance tales como las *experiencias* de clase a la cual las personas están expuestas a lo largo de sus vidas.

A partir de esto se puede afirmar que la conciencia de clase posee dos dimensiones centrales. Estas dimensiones son: 1) *identidad de clase* o el reconocimiento que las personas hacen de sí mismos como miembros de una clase a partir de la identificación de una situación de clase común, y 2) *intereses de clase*, es decir, los intereses que tienen los miembros de una clase en relación a las relaciones de explotación y las consecuencias sociales que ellas generan (por ejemplo, la emergencia de situaciones de desigualdad material y de poder entre clases sociales). Ambas dimensiones de la conciencia de clases han sido descritas, aunque de manera un poco diferente, en algunos análisis desarrollados hace algunas décadas atrás. En su conocida operacionalización del concepto de conciencia de clase, Michael Mann (1973: 13) afirma, por ejemplo, que en las sociedades capitalistas contemporáneas la conciencia de clase trabajadora tiene que ser estudiada a partir de la distinción entre cuatro elementos implicados en ella. Estos elementos son: 1) *identidad de clase*, es decir, la definición que los sujetos hacen de sí mismos como miembros de una clase que ocupan, junto a otros miembros de esa clase, un rol distintivo en las relaciones productivas; 2) *oposición de clase*, o sea, la percepción que los miembros la clase trabajadora tienen del capitalismo y sus agentes en tanto oponentes a sus intereses de clase; 3) *totalidad de clase*, es decir, el reconocimiento de que los dos elementos definidos previamente definen tanto la situación de uno mismo en la sociedad como la situación de la sociedad en general; y 4) la concepción de una *sociedad alternativa* que se puede conseguir a partir de la lucha contra los oponentes de clase. Para Mann, una conciencia de clase verdaderamente revolucionaria –en el sentido marxista del término– puede ser vista sólo en la combinación de estos cuatro elementos.

De modo similar, y sobre la base de argumentos ligeramente diferentes, otros analistas (cf. Giddens, 1973; Hazelrigg y Lopreato, 1972) han señalado que en las sociedades capitalistas avanzadas existen varios niveles en la conciencia de clase trabajadora, entre los cuales la “identidad de clase” representa el momento más básico y el estado de “conciencia revolucionaria” denota el más avanzado y el más difícil de conseguir. En términos generales, la diferenciación de estos estados o niveles de la conciencia de clase permite aceptar la posibilidad de analizar empíricamente la conciencia de clase sin depender necesariamente de la existencia *empírica* de una conciencia revolucionaria. En otras palabras, tal diferenciación permite analizar la conciencia de clase en sus niveles primarios de desarrollo o en contextos en donde el conflicto entre clases no es necesariamente explícito.

En todas estas definiciones se puede observar que más allá del número de “niveles” afirmados como elementos de la conciencia de clase, la identidad y los intereses de clase representan los dos grandes componentes de dicho concepto. Siguiendo el análisis de Mann, por ejemplo, se debería decir que mientras el componente “identidad de clase” está claramente delimitado en el nivel 1 (definido por Mann precisamente como *identidad de clase*), el componente definido como “intereses de clase” está representado por los niveles 2 (*oposición de clase*), 3 (*totalidad de clase*) y 4 (*concepción de una sociedad alternativa*). Es decir, los intereses de clases podrían ser entendidos como la suma de los intereses *oposicionales* de clase, los intereses *totalizadores de clase* (los cuales indican que la situación particular de una clase es el resultado relaciones de clase más generales que trascienden los límites de esa clase

en particular) y los intereses de *cambio social*, los cuales determinarían la necesidad que tiene una clase de generar una *sociedad alternativa*, es decir, de transformar el estado de cosas actual (o de mantenerlo, para el caso de la clase capitalista) con el fin de desarrollar prácticamente sus intereses colectivos de clase.

Como se ve, las dos dimensiones de la conciencia de clase enfatizadas por las perspectivas procesual y estructural representan dos elementos centrales del concepto de conciencia de clase. Por ello es que la integración de ambos enfoques parece ser promisorio y necesaria, tal como ha sido señalado por algunas investigaciones empíricas recientes (Pérez, 2013; Wallace y Junisbai, 2004). En efecto, además de lo ya señalado, ambos enfoques son buenos complementos en la medida en que las limitaciones de un enfoque parecen ser la virtudes del otro. El enfoque estructural, por ejemplo, enfatiza correctamente la necesidad de definir el concepto de clase como algo *objetivo* que existe independientemente de los individuos piensan de él. En este sentido, tal preocupación por la determinación estructural de las clases (así como de las relaciones de explotación que dan origen a ellas) es necesaria para evitar alguno de los problemas asociados al análisis de Thompson –en especial el problema de colapsar en la misma definición los conceptos de posición de clase y de conciencia de clase–.

Por su parte, el enfoque procesual nos puede aportar una visión *complejizada* y “desde abajo” de la manera en que se configura la conciencia de clase en determinado momento de la historia. En efecto, a pesar de la insistencia de Wright por evitar definiciones contrafácticas de la conciencia de clase, uno de los riesgos principales de la perspectiva estructural de las clases dice relación con el problema de la *imputación*, es decir, el problema asociado a quién define cuáles son los intereses de determinada clase social. Por ejemplo, ¿quién define los intereses de la clase trabajadora? ¿El investigador que define “desde afuera” tales intereses y que luego analiza la correspondencia ente ellos y las respuestas de los encuestados? Claramente, ésta no parece ser la mejor estrategia, especialmente porque este es un riesgo que se corre en todo tipo de investigación cuantitativa (por ejemplo, todas aquéllas que definen cierto tipo de respuestas como “pro-obreras” o “pro-capitalistas”), y del cual está parcialmente liberada la investigación cualitativa (en especial la de tipo inductivo, o sea, aquélla que deja que los datos “le hablen” al investigador).

Este tipo de problemas puede ser superado a través del desarrollo una agenda de investigación que no niegue las virtudes del análisis cuantitativo, sino que sea capaz de combinar tal tipo de investigación con un análisis cualitativo e inductivo enfocado en el proceso a través del cual los miembros de una clase *construyen* su identidad y sus intereses de clase. En efecto, negar la utilidad de la investigación cuantitativa en el estudio de la conciencia de clase sería sumamente perjudicial para el análisis de clase. La investigación cuantitativa es esencial en virtud de su capacidad para entregarnos información capaz de representar poblaciones amplias que no pueden ser estudiadas a través de metodologías cualitativas. Sin embargo, para que la información entregada por ella tenga sentido es necesario que sus resultados sean complementados por la investigación cualitativa. ¿Cómo podría ser posible, entonces, combinar ambos tipos análisis? Un buen punto de partida es desarrollar una definición de la conciencia de clase que recoja los elementos centrales de las perspectivas analizadas en detalle a lo largo de este artículo. Tal tarea es, de hecho, el objetivo final de este artículo. A partir de los elementos enfatizados por la perspectivas estructural y procesual de las clases, la conciencia de clase puede ser entendida como aquéllas características de la subjetividad de las personas que son el resultado del proceso a través del cual ellas, en tanto miembros de una clase social, construyen su identidad de clase

y toman conciencia de sus intereses de clases. Como ya se señaló anteriormente, la identidad de clase denota el reconocimiento que las personas hacen de sí mismos como miembros de una clase a partir de la identificación de una situación de clase común. Por su parte, los intereses de clase dan cuenta de aquellos intereses que tienen los miembros de una clase en relación a las relaciones de explotación y las consecuencias sociales que ellas generan. Tanto la identidad como los intereses de clase son una creación colectiva (tal como señala el enfoque procesual) que se encuentra, sin embargo, estructuralmente constreñida por las relaciones de producción y explotación que son el soporte estructural de las clases (tal como señala el enfoque estructural). En otras palabras, y siguiendo la terminología sociológica convencional, la conciencia de clase debe ser entendida como el *resultado* del proceso más general de formación de clases. Este resultado se expresa en la existencia de identidades e intereses de clase desiguales y antagónicos, derivados tanto de la posición actual de los individuos en las relaciones de producción (como sostiene la perspectiva estructural) como de sus experiencias vividas de clase (tal como señala el enfoque procesual).

4. Observaciones finales: una agenda de investigación posible

Sobre la base de una definición como ésta se abren una serie de oportunidades para la investigación empírica de la conciencia de clase y de los conflictos de clases en las sociedades capitalistas contemporáneas. Por ejemplo, una definición como ésta implica considerar la posición de clase de los individuos, es decir su posición actual en la estructura de clases, y sus experiencias vividas de clase como los determinantes fundamentales de la conciencia de clase. Tanto la posición de clase como las experiencias históricas de clase indican, en efecto, los mecanismos a través de los cuales la desigualdad de clase define variaciones en la conciencia sociopolítica y, eventualmente, diferentes posiciones políticas en el marco de conflictos de clase concretos (Pérez, 2013). Este tipo de investigaciones requiere, como ya se señaló, la necesaria conexión de metodologías cuantitativas y cualitativas. Mientras la primera nos puede entregar información sobre las pautas generales de la conciencia de clase derivada de la estructura de clases o de los orígenes de clase de los individuos, la investigación cualitativa nos puede clarificar los mecanismos históricos, ligados a las experiencias de clase que definen las características de una formación de clases determinada, que explican por qué tales pautas observadas actualmente tienen determinada forma y no otra.

Para que tales esfuerzos sean fructíferos es sumamente necesario que la investigación de la conciencia de clase trascienda los límites de una clase en particular (por ejemplo, la clase trabajadora). Siguiendo el énfasis dado por Marx a la lucha de clases, parece claro que la única manera de entender cómo una clase (la clase trabajadora, por ejemplo) articula su identidad y sus intereses de clases es prestando atención a sus *relaciones* con otras clases (por ejemplo, la clase capitalista). Esto se hace mucho más necesario si consideramos que, tal como señala Jeffrey Haydu (2008) en su análisis de la formación de clase capitalista en Estados Unidos, el estudio de la formación de clases se ha enfocado casi exclusivamente en la clase trabajadora, dejando fuera del análisis lo que pasa “al otro lado del campo de juego”. Con ello, no sólo no se examina lo que pasa con los tradicionales oponentes de la clase trabajadora. También se privilegia la descripción densa de una sola clase (lo que ha dado origen, por cierto, a trabajos magistrales como el de E. P. Thompson) al precio de abandonar

un análisis de las *relaciones de clase* que determinan, a fin de cuentas, las pautas de variación social observadas a lo largo de la historia.

La importancia del estudio de las relaciones de clase ha sido enfatizada recientemente por diversos sociólogos preocupados de la manera en que el conflicto de clases determina transformaciones en los regímenes políticos o en la forma en que se estructuran los regímenes de bienestar (cf. Esping-Andersen, 1990; Korpi, 2006, 2008). Walter Korpi (2008), por ejemplo, ha demostrado que los niveles de “generosidad” de los estados de bienestar de las naciones industrializadas (por ejemplo, en qué medida dichos regímenes aseguran derechos sociales desmercantilizados para su población) dependen fundamentalmente de la capacidad política que tenga la clase trabajadora para presionar por ellos. La idea básica de su análisis, tradicionalmente conocido como el enfoque de “los recursos de poder” (*power resources approach*) ha sido utilizada también para explicar por qué ciertos regímenes en América Latina garantizan mayores derechos sociales que otros (Huber y Stephens, 2012). En los últimos años, y ante la aparición de una serie de estudios que han enfatizado el rol jugado por la clase capitalista o la clase media en favor de la extensión de derechos sociales (cf. Baldwin, 1990; Hall y Soskice, 2001; Swenson, 2002), Walter Korpi (2006) ha señalado acertadamente la necesidad de desarrollar un renovado marco de análisis. Éste debería incluir no sólo la influencia que la acción de una clase (la clase trabajadora, por ejemplo) tiene sobre el estado o el régimen político, sino también la manera en que dicha acción genera cambios o concesiones en los intereses de otras clases (la clase capitalista o la clase media, por ejemplo). En otras palabras, este marco de análisis debería enfocarse no en los intereses de una sola clase, sino más bien en las *relaciones de clase* (Korpi, 2006: 206).

En el marco de este tipo de discusiones, un análisis de la conciencia tal como el propuesto acá de clase resulta de suma importancia. Dicho análisis podría clarificar, por ejemplo, cuáles son los intereses clase de los distintos actores involucrados en los conflictos políticos en torno a la crítica o defensa del proyecto neoliberal (en particular en torno a sus expresiones más concretas, como lo son la privatización y mercantilización de derechos sociales). Más importante aún, un análisis como el acá propuesto podría ayudar a explicar, bajo el marco de investigaciones comparativas enfocadas en la formación de clases, por qué en ciertos países o regiones de un mismo país la clase trabajadora parece tener niveles de conciencia más elevados que en otras regiones o países. En efecto, dicho análisis podría entregar luces acerca del modo en que fenómenos históricos recientes en América Latina –por ejemplo, las dictaduras y las transformaciones neoliberales– determinaron la emergencia de condiciones para la formación de clases que favorecieron la capacidad política de algunas clases y perjudicaron de sobremanera las capacidades de otras.

El ejemplo más palpable de estas pautas desiguales de formación de clases es, tal vez, el caso de Chile. Ahí, la profundidad de la transformación neoliberal, así como el grado extremo de la represión dictatorial, determinó la aparición de una clase capitalista extremadamente fuerte, con altos grados de cohesión interna y altamente clara en sus intereses, mientras que al mismo tiempo destruyó tanto a las organizaciones tradicionales de clase trabajadora como sus vínculos con partidos y organizaciones de izquierda (Barret, 2001; Drake, 2003). Dicha trayectoria divergente entre la clase capitalista y la clase trabajadora chilena puede explicar por qué el movimiento sindical chileno parece estar ubicado en la retaguardia del actual proceso de movilización anti-neoliberal observado en el país desde 2011. En este sentido es que una investigación de la conciencia de clase tendría que tratar de indicar en qué medida tales movilizaciones (observadas fundamentalmente en torno a la temática de la educación y

los derechos sociales) pueden ser vistas como la expresión *desencajada* de un malestar de clase trabajadora. Ante la imposibilidad práctica de organizarse en torno a organizaciones tradicionales de clase –los sindicatos, por ejemplo, están fuertemente limitados por el código laboral chileno impuesto en dictadura y aún vigente– es probable que este malestar de clase trabajadora haya tenido que recurrir a otras formas de organización social que trascienden la esfera de la producción (Pérez, 2012). A partir de lo señalado por Thompson, es probable que tales respuestas colectivas de la clase trabajadora sean la expresión de un proceso mayor de formación de clase. Ante esto, sólo la investigación empírica puede entregarnos luces sobre la manera en que dicho proceso puede, o no, consolidarse con la aparición de una clase trabajadora organizada capaz de defender sus intereses colectivos.

Referencias

AYALON, Hanna, Eliezer BEN-RAFAEL, and Stephen SHAROT. “Class Consciousness in Israel”, en **International Journal of Comparative Sociology** 1987, 28 (3-4): 158-172.

BALDWIN, Peter. **The Politics of Social Solidarity: Class Bases of the European Welfare State 1875-1975**. New York: Cambridge University Press. 1990

BARRETT, Patrick. “Labour Policy, Labour-Business Relations and the Transition to Democracy in Chile”, en **Journal of Latin American Studies** 2001, 33 (3): 561-597.

BERLE Adolf A. and Gardiner C. MEANS. **The Modern Corporation and Private Property**. New York: Harcourt, Brace & World. 1968 (1932).

BERTILSSON, Margaretaz and Ron EYERMAN. “Interests as a Problematic Concept in Marxist Social Science”, en **Acta Sociologica**, 1979, 22 (4): 361-375.

BIERNACKI, Richard. **The Fabrication of Labor: Germany and Britain, 1640 - 1914**. Berkeley, CA: University of California Press. 1995.

BIZBERG, Ilán. **La acción obrera en Las Truchas**, México DF: Colmex-CEI. 1982.

BRENNER, Johanna. “Work Relations and the Formation of Class Consciousness” in **The Debate on Classes**. Pp. 184-190. New York: Verso. 1989.

BUTTEL, Frederik H. and FLINN, William L. “Sources of Working Class Consciousness”, en **Sociological Focus**, 1979, 12 (1): 37-52.

CALHOUN, Craig. **The question of Class Struggle: Social Foundations of Popular Radicalism during the Industrial Revolution**. Chicago: University of Chicago Press. 1982.

CEPAL. **Panorama Social de América Latina**. Santiago: Organización de las Naciones Unidas Para el Desarrollo. 2013.

COHEN, Gerald A. **Karl Marx’s Theory of History. A defense**. Princeton: Princeton University Press. 1978.

CROMPTON, Rosemary. **Class and Stratification. An Introduction to Current Debates**. Cambridge: Polity Press. 1993.

CURRIE, R. and HARTWELL, R. M. *"The Making of the English Working Class?"* en **The Economic History Review**, New Series, 1965, 18 (3): 633-643.

DAHRENDORF, Ralf. **Class and Class Conflict in Industrial Society**. Stanford: Stanford University Press. 1959.

DI TELLA, Torcuato, Lucien BRAMS, Jean-Daniel REYNAUD, and Alain TOURAINE. **Sindicato y comunidad. Dos tipos de estructura sindical latinoamericana**. Buenos Aires: Editorial del Instituto. 1967.

DRAKE, Paul. *"El movimiento obrero en Chile: de la Unidad Popular a la Concertación"*, en **Revista de Ciencia Política**, 2003, XXIII (2): 148-158.

ESPING-ANDERSEN, Gøsta. **The Three Worlds of Welfare Capitalism**. Princeton: Princeton University Press. 1990.

FANTASIA, Rick. **Cultures of Solidarity. Consciousness, Action, and Contemporary American Workers**. Berkeley: University of California Press. 1988.

GIDDENS, Anthony. **The Class Structure of the Advanced Societies**. New York: Harper & Row, Barnes & Noble. 1973.

GOULDNER, Alvin. **The Future of Intellectuals and the Rise of the New Class**. New York: Seabury Press. 1979.

HALL, John R., ed. *"Introduction: The Reworking of Class Analysis"*, Pp. 1-40 in **Reworking Class**. Edited by J. Hall. Ithaca, NY: Cornell University Press. 1997.

HALL, Peter A. and David SOSKICE. *"An Introduction to Varieties of Capitalism."* in **Varieties of Capitalism: The Institutional Foundations of Comparative Advantage**. Oxford: Oxford University Press. Pp. 1-68, 2001.

HAYDU, Jeffrey. **Citizen Employers: Business Communities and Labor in Cincinnati and San Francisco, 1870- 1916**. Ithaca: Cornell University Press. 2008.

HAZELRIGG, Lawrence E. and Joseph LOPREATO. **Class, Conflict, and Mobility. Theories and Studies of Class Structure**. San Francisco: Chandler Publishing Company. 1972.

HUBER and STEPHENS. **Democracy and the Left: Social Policy and Inequality in Latin America**. Chicago: University of Chicago Press. 2012.

JONES, Andrew W. *"Caring Labor and Class Consciousness: The Class Dynamics of Gendered Work"*, en **Sociological Forum**, 2001, 16 (2): 281-299.

KATZNELSON, Ira. *"Working-Class Formation: Constructing Cases and Comparisons"* in **Working-Class Formation: Nineteenth-Century Patterns in Western Europe and the United States**. Edited by Ira Katznelson and Aristide R. Zolberg. Princeton: Princeton University Press. Pp. 3-41. 1986.

KORPI, Walter. *"Power resources and employer-centered approaches in explanations of welfare state and varieties of capitalism. Protagonists, consenters and antagonists"*, en **World Politics**, 2006, 58: 167-206.

KORPI, Walter. *"Origins of Welfare States: Changing Class Structures, Social Democracy, and Christian Democracy"* Paper presented at the annual meetings of RC-19, the Research Committee on Poverty, Social Welfare, and Social Policy of the **International Sociological Association**, Stockholm, Sweden, September 4. . 2008.

LUKÁCS, Georg. **History and Class Consciousness**. Cambridge: The Massachusetts Institute of Technology Press. 1971 (1922).

MACEIRA, Verónica. *"Segmentación de la fuerza de trabajo e identidad obrera en Argentina"*, en **Revista Mexicana de Sociología**, 2009, 71 (3): 491-524.

MANN, Michael. **Consciousness and Action among the Western Working Class**. London: The Macmillan Press. 1973.

MARSHALL, Gordon. *"Some Remarks on the Study of Working-Class Consciousness"*, en **Politics & Society**, 1983, 12 (3): 263-301.

MARSHALL, Gordon, David ROSE, Howard NEWBY, and Carolyn VOGLER. **Social Classes in Modern Britain**. London: Routledge. . 1988.

MARTÍNEZ DE LA O, María Eugenia, Enrique DE LA GARZA y Javier MELGOZA (coords.). **Los estudios sobre la cultura obrera en México**, México DF: UAM-I/DGCP/CNCA. 1997.

MARX, Karl. *"The Poverty of Philosophy"* in **The Marx-Engels Reader**, second edition, edited by Robert C. Tucker. New York: W. W. Norton. Pp. 218-220. 1978 (1840).

MARX, Karl. *"The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte"*, in **The Marx-Engels Reader**, second edition, edited by Robert C. Tucker. New York: W. W. Norton. Pp. 594-617, 1978 (1852).

PARKIN, Frank. **Marxism and Class Theory. A Bourgeois Critique**. New York: Columbia University Press. 1979.

PÉREZ, Pablo. *"Movilizaciones sociales y conflicto de clases en Chile. Consideraciones para una teoría crítica de la sociedad"*. **Actuel Marx** Intervenciones, 2012, 13: 65-91.

PÉREZ, Pablo. *"Encontrando lo que nunca estuvo perdido. Conciencia de clase y conflicto de clases en el régimen neoliberal chileno"*. **Revista de Sociología**, 2013, 28: 83-111.

ROEMER, John. *"New Directions in the Marxist Theory of Exploitation"* in **Analytical Marxism** (edited by J. Roemer) Cambridge: Cambridge University Press. Pp. 81-113. 1986.

ROSE, Sonya O. *"Class Formation and the Quintessential Worker"*. in **Reworking Class**, Edited by J. Hall. Ithaca, NY: Cornell University Press. Pp. 133-167. 1997.

SCOTT, Joan W. *"Language, Gender, and Working-Class History"*. Pp. 154-161 in **The Class Reader**, edited by Patrick Joyce. Oxford: Oxford University Press. 1995.

SEWELL, William H. **Work & Revolution in France. The Language of Labor from the Old Regime to 1848**. Cambridge: Cambridge University Press. 1980.

SEWELL, William H., Jr. *"How Classes are Made: Critical Reflections on E. P. Thompson's Theory of Working-class Formation"*, in E. P. Thompson. **Critical Perspectives**. Edited by Kaye, Harvey J. and McClelland, Keith. Philadelphia: Temple University Press. Pp. 50-77, 1990.

SOMERS, Margaret R. *"Deconstructing and Reconstructing Class Formation Theory: Narrativity, Relational Analysis, and Social Theory"*, in **Reworking Class**. Edited by J. Hall. Ithaca, NY: Cornell University Press. Pp. 73-106. 1997.

STEDMAN JONES, Gareth. *"Class, Experience, and Politics"*, in **The Class Reader**, edited by Patrick Joyce. Oxford: Oxford University Press. Pp. 150-154. 1995.

STEINBERG, Marc W. **Fighting Words: Working-Class Formation, Collective Action, and Discourse in Early Nineteenth-Century England**. Ithaca: Cornell University Press. 1999.

SWENSON, Peter. **Capitalists against Markets: The Making of Labor Markets and Welfare States in the United States and Sweden**. Oxford: Oxford University Press. 2002.

SZELENYI, Iván and Bill MARTIN. *"The Three Waves of New Class Theories"*, en **Theory and Society** 1988, 17 (5): 645-67.

THOMPSON, Edward P. **The Making of the English Working Class**. New York: Vintage Books. 1966.

VANNEMAN, Reeve and WEBER CANNON, L. **The American perception of class**. Philadelphia, PA: Temple University Press. 1987.

VALLAS, Steven P. *"White-Collar Proletarians? The Structure of Clerical Work and level of Class Consciousness"* En **The Sociological Quarterly**, 1987, 28 (4): 523-540.

WALLACE, Michael and Azamat JUNISBAL. *"Finding Class Consciousness in the New Economy"*, en **Research in Social Stratification and Mobility**, 2004, 20: 385-421.

WRIGHT, Erik O. **Class, Crisis and the State**. London: New Left Books. 1978.

WRIGHT, Erik O. **Classes**. London: Verso. 1985.

WRIGHT, Erik. O. *"Rethinking, Once Again, the Concept of Class Structure"*, in **The Debate on Classes**. New York: Verso. Pp. 269-348. 1989

WRIGHT, Erik. O. **Class Counts: Comparative Studies in Class Analysis**. Cambridge: Cambridge University Press. 1997.

ZINGRAFF, Rhonda and Michael D. SHULMAN. *"Social Bases of Class Consciousness: A Study of Southern Textile Workers with a Comparison by Race"*, en **Social Forces**, 1984, 63 (1): 98-116.

Theomai 29

primer semestre 2014 / first semester 2014